

4º D. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS 1,21-28.

Llegó Jesús a Cafarnaún, y cuando el sábado siguiente fue a la sinagoga a enseñar, se quedaron asombrados de su enseñanza, porque no enseñaba como los letrados, sino con autoridad.

Estaba precisamente en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu inmundo, y se puso a gritar:

-¿Qué quieres de nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros? Sé quién eres: El Santo de Dios.

Jesús lo increpó:

-Cállate y sal de él.

El espíritu inmundo lo retorció y, dando un grito muy fuerte, salió. Todos se preguntaron estupefactos:

-¿Qué es esto? Este enseñar con autoridad es nuevo. Hasta a los espíritus inmundos les manda y lo obedecen.

Su fama se extendió en seguida por todas partes, alcanzando la comarca entera de Galilea.

JESÚS EDUCA PARA LA VIDA

El pasaje evangélico de este domingo presenta a Jesús que, con su pequeña comunidad de discípulos, va a Cafarnaún, la ciudad más grande de Galilea y en la que vivía el apóstol Pedro, para iniciar su predicación.

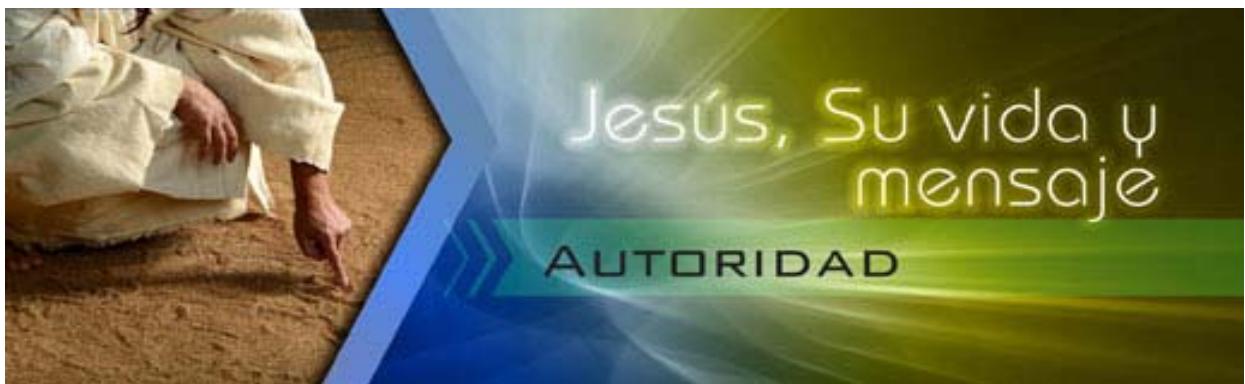
El evangelista Marcos relata que Jesús, una vez en Cafarnaún, el primer sábado va a la sinagoga a enseñar. Los judíos tenían la costumbre de reunirse todos los sábados en la sinagoga para leer y comentar fragmentos de la Escritura. Y además tenían la costumbre de invitar a que participaran a quienes quisieran aportar algo útil para todos.

Y Jesús se sirvió de ello para anunciar su mensaje. Una buena costumbre, sin duda, que también nosotros, los cristianos, podríamos aprovechar, porque **«todos podemos ayudarnos con nuestros comentarios sobre la Palabra a caminar hacia el Padre».**

La preocupación de Jesús era la de comunicar la Palabra de Dios con la fuerza del Espíritu Santo. Y la gente en la sinagoga quedaba admirada, porque **«les enseñaba con autoridad y no como los escribas»**, únicamente preocupados de dar a conocer la Ley de Moisés, el cúmulo de preceptos de la que constaba, sin tener en cuenta a la persona como bien supremo.

Pero ¿qué significa **«con autoridad»?** Quiere decir que en las palabras humanas de Jesús se percibía toda **«la fuerza de la Palabra de Dios»**, se percibía la autoridad misma de Dios, inspirador de las Sagradas Escrituras.

Sin embargo, **«Jesús no impone»** sus enseñanzas, únicamente, las ofrece. **«Jesús invita»**. Tiene la autoridad de **«quien se pone al servicio de los demás»** poniendo de manifiesto el **«poder de la entrega»**. Jesús no habla de oídas sino de su **«experiencia interior»**. Jesús **«comunica su percepción de Dios y del hombre»**. Y Jesús habla con sencillez de las cosas de Dios, tal como Él las vive. Su Espíritu le dice que **«lo único que Dios quiere es el bien de las personas»**.



La autoridad tiene mucho que ver, pues, con «*la eficacia*» a la hora de comunicar la palabra. La eficacia se encuentra «en las actitudes del que habla», «en el mundo interior que manifiesta», «en la vida que se percibe detrás de esas palabras». Jesús no dice nada que no esté haciendo ya. «*Su Palabra y su vida forman una unidad plena*».

Jesús es el profeta que «*educa para la vida*». Acepta la realidad, por supuesto el gozo de la vida, pero también las enfermedades y contratiempos que incluso pueden conducir a la muerte, y todo lo reconoce como «*obra buena del Creador*». Y nos dice que, pase lo que pase, se puede seguir adelante, que «*se puede amar y vivir a pesar de todo*».

El Evangelio es «*Palabra de Vida*». No opriime a las personas, al contrario, «*libera a quienes son esclavos de muchos espíritus malignos de este mundo*»: el espíritu de la vanidad, el apego al dinero, el orgullo, la sensualidad... El Evangelio «*cambia el corazón*», cambia la vida, transforma las inclinaciones al mal en propósitos de bien. El Evangelio es capaz de «*cambiar a las personas*».

Como cosa buena que es el Evangelio, es tarea de los cristianos «*difundirlo*» por doquier, difundir su fuerza redentora convirtiéndonos en «*misioneros de la Palabra de Dios*». Y, además, esta tarea es también un mandato de Jesús: «*Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio*»

Siempre que hablemos en nombre de Dios y tratemos de ser fieles a su Palabra, hablaremos con autoridad. No será nuestra autoridad sino la autoridad de Dios la que dará fuerza a nuestras palabras. Y siempre «*que con nuestra vida demos testimonio de nuestra fe, Dios hablará a través nuestro*».

Comunicaremos fe «*si somos creyentes*». Descubriremos la salvación a los demás «*si nos sentimos salvados*». Anunciaremos la liberación «*si estamos trabajando por ella*». En la nueva ley tienen que ir «*siempre unidos el mensaje y la vida*». ¿Está nuestra vida a la altura de nuestras palabras?

Gracias, Señor, por enseñarnos que lo fundamental en la vida es «*el amor*». Ayúdanos a «*amar a nuestro prójimo*» con el mismo amor con el que Tú nos amas. Danos la gracia de «*descubrirte y servirte en los demás*», porque esa es la verdadera fe cristiana.

El milagro de la curación del hombre poseído por un espíritu inmundo me recuerda que quieres hacer conmigo el mayor de los milagros, «*mi santidad*». ¡Que así sea!